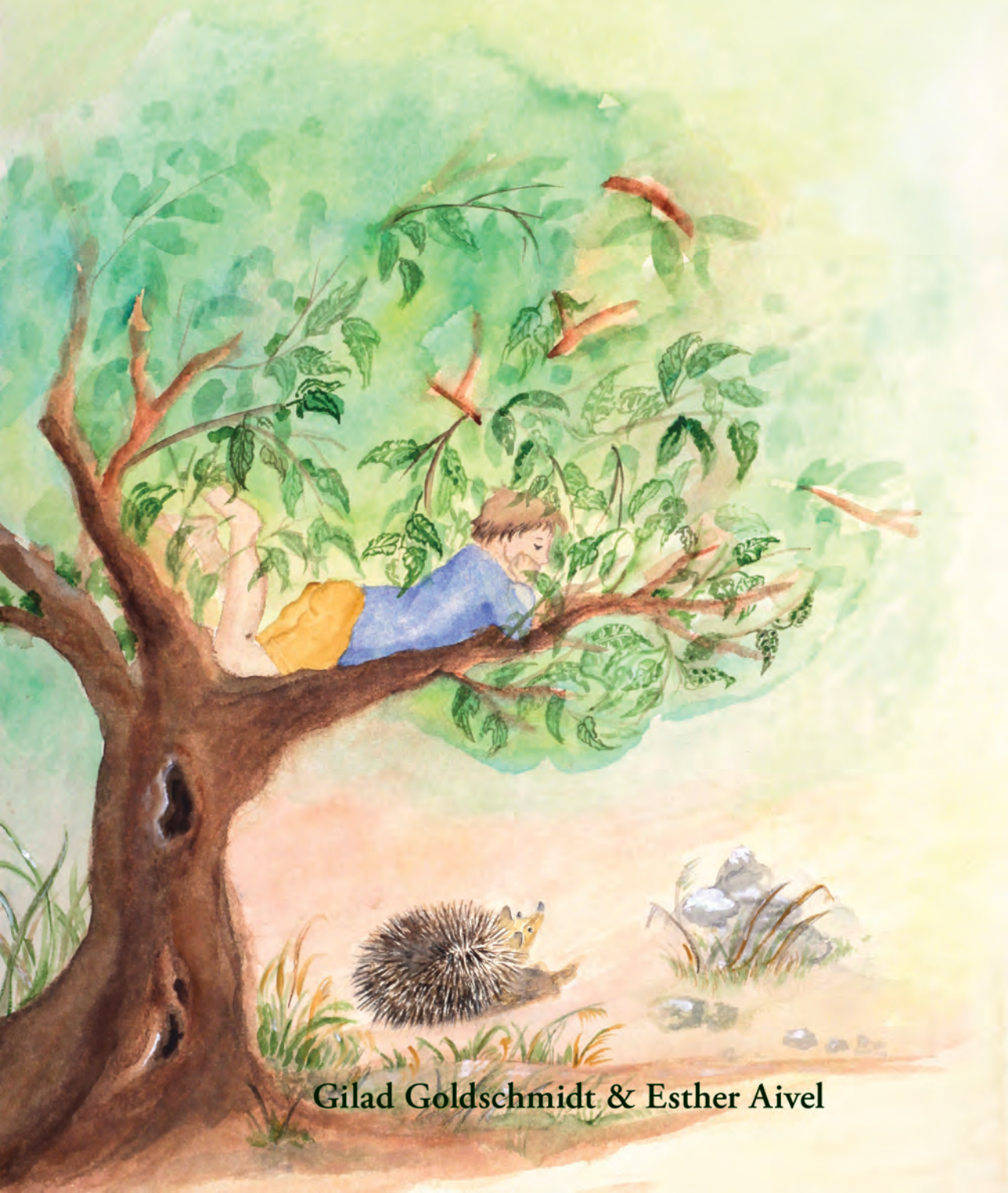


Jonathan y el Árbol



Gilad Goldschmidt & Esther Aivel

Impreso con soporte del Waldorf Curriculum Fund

Publicado por:
Waldorf Publications
en el Research Institute for Waldorf Education
35 Main Street
Chatham, NY 12037

Titulo: *Jonathan y el Árbol*
Autor: Gilad Goldschmidt
Traducido al inglés: Gilad Goldschmidt
Ilustración: Yael Ron
Diseño: Curran Giddens
Publicado en Israel por Harduf Publishing, 2013

Edición en Inglés
© 2016 por Waldorf Publications
ISBN: 978-1-943582-01-3

Jonathan y el Árbol

Gilad Goldschmidt



Esther Aivel

Traducido del Hebreo por Gilad Goldschmidt

Waldorf
PUBLICATIONS





“Bueno, parece que probablemente puede hablar...”

La primera vez que Jonathan escuchó que el árbol le hablaba, pensó que era su abuelo.

“¡Cuidado Jonathan! La rama que estás trepando ya es vieja y un poco inestable.”

“¡Abuelo, abuelo!” gritó Jonathan mirando a su alrededor, y luego silenciosamente: “Abuelo, ¿dónde estás?”

En ese momento recordó que su abuelo había fallecido hace mucho tiempo y ahora estaba en el cielo.

Antes de fallecer, cuando ya estaba muy enfermo, el abuelo le dijo a Jonathan que no se preocupase, que él siempre lo cuidaría y hasta lo visitaría en sus sueños. Y de hecho lo visitaba, solo que nunca de día.

“¡Cuidado Jonathan, se puede romper la rama!” Jonathan miró, no había nadie y él estaba completamente solo.

Estaba él solo en el gran árbol de morera. El espacioso jardín estaba vacío y la calle abandonada. Sabía que su madre estaba en casa con su hermano recién nacido, su padre en el trabajo y su hermana mayor Neomi aún en la escuela. Jonathan miró hacia la parte superior del enorme árbol de morena y luego miró hacia la tierra: estaba completamente solo. Pero para estar seguro, Jonathan se deslizó un poco por la rama que estaba trepando.

“Eso no es suficiente,” dijo la voz. “Aún es peligroso.”

“¿Pero tú quién eres?” preguntó Jonathan inseguro deslizándose un poco más abajo.

“Soy yo.”

“¿Quién es ‘yo’?”

“Es el árbol.”





Jonathan tuvo una extraña sensación. De repente creyó oír el crujir y la risa de las hojas del árbol. Después, en casa cuando se estaba bañando, se preguntó porque no se había asustado y se había ido corriendo. No era particularmente valiente, al menos hasta ese momento, y muchas cosas lo asustaban: los perros, las películas y la oscuridad. Pero de antemano, cuando escuchó que el árbol le hablaba, no tuvo miedo en absoluto.

“¿Puede uno hablar con un árbol?” Jonathan se preguntó en voz baja para sí mismo.

“¿Me puedes escuchar?” decía la voz.

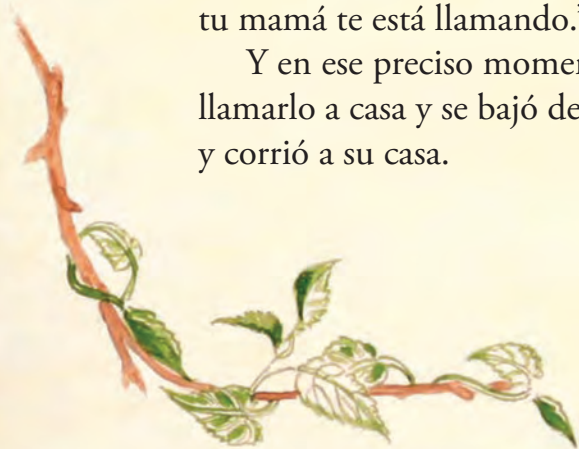
“Claro que puedo.”

“Bueno, al parecer puedo hablar,” contestó el árbol y nuevamente Jonathan tuvo la sensación de que sus hojas crujían y se reían.

“Pero,” Jonathan ahora pensaba en voz alta, “los árboles no pueden hablar, solo las personas hablan. Neomi me dijo que incluso los animales no pueden hablar y que solo a veces nos imaginamos que lo hacen. Ella dijo, solo nosotros, los seres humanos, podemos hablar.”

“Neomi ya es una niña grande y es sabia, pero hay cosas que ni siquiera ella sabe o probablemente las ha olvidado por completo, pero eso no importa, necesitas irte a casa porque tu mamá te está llamando.”

Y en ese preciso momento Jonathan escuchó a su mamá llamarlo a casa y se bajó del árbol, lo miró por un largo rato y corrió a su casa.





“Hoy el árbol de morera me habló,” dijo de repente Jonathan en un momento de silencio durante la cena. Mamá lo miró de manera extraña, su papá tosió y Neomi se echo a reír. “De verdad”, dijo Jonathan, con los ojos llenos de lágrimas, un sentimiento que odiaba. “Me dijo que me bajara de la rama donde estaba sentado porque era una rama vieja que se podía romper fácilmente”.

Neomi se reía a carcajadas casi cayéndose de su silla y papá dijo en voz baja, “Jonathan tal vez deberíamos terminar esta comida en silencio y discutir esto más tarde”, y mamá seguía mirándolo con la misma extraña mirada. Jonathan silenciosamente se tragó las lágrimas con el pan y el queso, y cuando terminó la comida subió en silencio a su habitación y jugó solo durante casi toda la noche.

A la hora de dormir, después del cuento, su mamá le preguntó si era en serio que el árbol de morera le había hablado. Jonathan no sabía cómo responder, especialmente porque Neomi estaba cerca recostada en su cama leyendo un libro y Jonathan sabía que ella estaba escuchando cada palabra. Más tarde cuando su mamá apagó la luz y le dio un beso de buenas noches, Neomi le dijo que era tonto, que tonto era él y que los árboles nunca hablaban “además, ¿cuándo dejarás de ser un bebé?”





Los árboles tenemos una sabiduría diferente,
una sabiduría más antigua.

Al día siguiente, cuando regresó del jardín de niños y almorzó, Jonathan salió al jardín de su casa y, como siempre, se sentó debajo del árbol a jugar. Este era el reino de Jonathan, con un pequeño arenero, algunas tablas de madera viejas, herramientas, un columpio que papá una vez colgó de una de las ramas, y por supuesto, el árbol en sí, la gran morera que siempre había estado allí, al menos era lo que Jonathan recordaba. Como siempre lo hacía, Jonathan trepó el árbol lentamente y se sentó en una de sus ramas más gruesas.

Miró a su alrededor y pensó. *Alguien me habló ... ¿Soy el único que lo puede escuchar? ¿Y si quizás realmente fue el árbol? Pero, después de todo, un árbol no puede hablar...*

“Hola Jonathan, aquí estoy hablándote.” Escuchó la voz decir.

“¿Quién es?” Jonathan estaba asustado. “¿Como sabías lo que pensaba?”

“Soy yo, el árbol, no tengas miedo, pero si no te gusta, dejaré de hablarte.”

“Así que sí hablas...,” Jonathan pensaba en voz alta, “porque todos dicen ...” e hizo una larga pausa porque se sentía un poco tonto.

“Se lo que todos dicen,” contestó el árbol. “Quería ser tu amigo, pero si no lo deseas, también está bien.”

“¡Sí!, ¡Lo deseo!” dijo Jonathan todo emocionado y trepó más y más arriba hacia la punta del árbol. “¡Quiero ser tu amigo!”

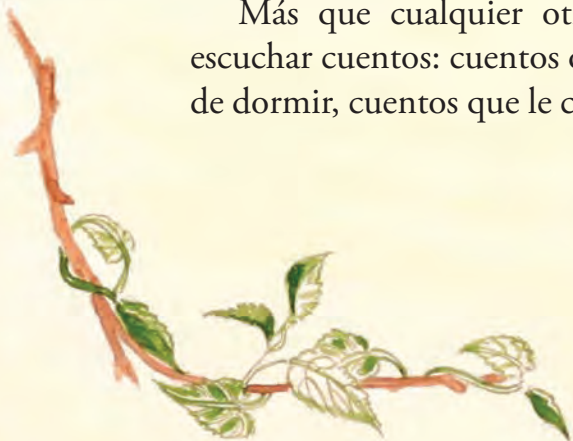
Neomi dice que los árboles no pueden hablar, pensó para sí mismo, y mamá y papá tampoco me creen. ¿Por qué todas las cosas extrañas me suceden solo a mí?

“¿Por qué soy el único que te puede oír?” pregunto Jonathan. “¿Por qué no le hablas a mi mamá, a mi papá o a mi hermana Neomi?”

“Sabes Jonathan,” escuchó al árbol que le susurraba, “me gustaría contarte un cuento.”

“¡Amo los cuentos!”

Más que cualquier otra cosa, a Jonathan le gustaba escuchar cuentos: cuentos que le contaba su mamá a la hora de dormir, cuentos que le contaba su papá cuando regresaba





del trabajo, el cuento que su maestra de jardín de infancia Miriam le contaba a los niños al fin del día, hasta los cuentos aterradores que le contaba Neomi.

“Espera, me subo a esta rama grande para escuchar,” dijo Jonathan. Trepó a una rama gruesa, se reclino cómodamente y escuchó.

“Había una vez, hace muchos años, cuando incluso yo vivía en lugares lejanos,” el árbol empezó el cuento, “una vez, cuando todo era diferente, antes que hubiera máquinas y aviones, barcos y casas grandes, calles y autos, una vez hasta cuando los seres humanos todavía eran muy diferentes, no vivían en casas, o viajaban en automóviles, no escuchaban la radio o veían televisión. No tenían libros y se vestían de manera muy sencilla. Las personas en esa época vivían en la naturaleza, en los bosques, los campos y las montañas.

“Pero lo más importante era: podían escuchar a los árboles y nos hablaban. Nosotros les hablábamos a ellos. Los ayudábamos y les contábamos secretos y ellos nos cuidaban y nos trataban con amor y respeto. Ellos sabían que éramos muy parecidos a ellos, y que, por dentro, debajo de la corteza, cada árbol es un poco como un ser humano. Sabían que nosotros también tenemos sentimientos, que también podemos estar felices o tristes, que sonreímos y lloramos, y que también sabemos muchas cosas.”

“¿Qué sabes?” Jonathan preguntó en voz baja casi sin darse cuenta.





“¿Qué sabemos?” El árbol repitió la pregunta de Jonathan y continuó. “Los seres humanos son muy sabios y pueden hacer muchas cosas que nosotros no podemos empezar a comprender. Pero nosotros los árboles, tenemos una sabiduría diferente, una sabiduría antigua. Esta sabiduría una vez ayudó a los seres humanos, los ayudó mucho.”

El árbol paró de hablar y Jonathan sintió que estaba pensando algo. Perdió la paciencia y preguntó, “¿Cómo nos ayudaste? ¿Qué hiciste? ¿Y por qué no nos ayudas ahora?”

El árbol suspiró y continuó, “Ayudábamos a las personas descubrir los secretos de la naturaleza que los rodea, a comprender el clima, las plantas y animales. Les ayudábamos saber cuándo podía llegar una tormenta para esconderse, o cuando un incendio estallaría para escaparse. Les enseñamos a las personas cómo usar la corteza del árbol y las ramas y cómo construir refugios y casas con ellos.

Ahora el árbol paró de hablar y Jonathan no sabía si seguir escuchando o si el árbol esperaba que el hablara o hiciese preguntas. Pero después de una larga pausa, el árbol continuó, “Posiblemente no sepas esto, Jonathan, pero los árboles no siempre tuvieron tantas frutas. Los árboles antes tenían menos frutas y la fruta no era tan dulce y sabrosa. Ayudamos a los seres humanos a ayudar a los árboles a tener más frutas y frutos dulces. Les enseñamos cómo sacar las semillas de la manzana y sembrarlas en la tierra blanda, cuándo regar las semillas, y como nutrir la semilla para que se

convierta en un árbol magnífico. Les enseñamos a distinguir entre buenas y hermosas semillas y cuáles son las que no darán fruto, como cuidar los árboles, regarlos, fertilizarlos, podarlos y cuando cosechar la fruta.

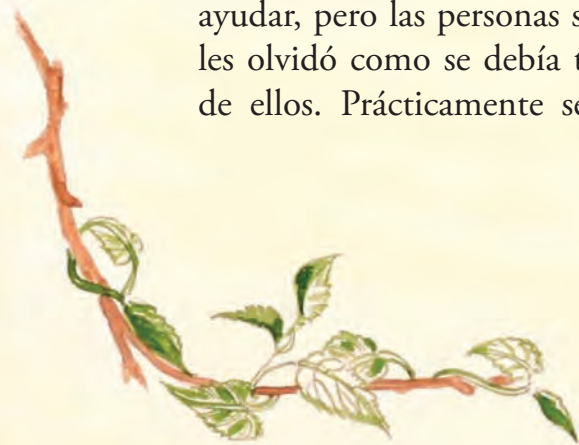
“¿Entonces qué pasó? ¿Cómo es que ya no nos hablamos? ¿Por qué todos los adultos e incluso niños mayores como Neomi piensan que tú no puedes hablar? ¿Qué pasó?” Jonathan preguntó emocionado.

“¿Qué pasó?” el árbol también reflexionó, y nuevamente pasó un largo rato y Jonathan casi vuelve a perder la paciencia, cuando de repente el árbol continuó hablando:

“Tampoco sabemos que pasó, pero con el tiempo los seres humanos se olvidaron que podían hablarnos, nos dejaron y empezaron a construir casas grandes, cavaron grandes agujeros en el suelo, quemaron bosques y convirtieron los campos y matorrales en grandes ciudades. De repente nos encontramos solos. Al principio podíamos hablar con los niños, a veces hasta con los ancianos, pero después los niños también nos empezaron a ignorar y los ancianos dejaron de escuchar.

“¿Estabas triste?” preguntó Jonathan quién se sentía triste. “¿Qué hiciste?”

“Al principio intentábamos comunicarnos, hablar, ayudar, pero las personas se habían alejado de nosotros. Se les olvidó como se debía tratar a los árboles, como cuidar de ellos. Prácticamente se les olvidó que estamos vivos,





que podemos sentir y que sabemos muchas cosas. También comenzaron a lastimarnos: nos cortaron y usaron para sus necesidades. A veces hasta nos quemaban.

El árbol se volvió a quedar en silencio y Jonathan sintió que estaba triste y que, si el árbol hubiera sido un niño, probablemente habría llorado. Pero después el árbol continuó:



“Nosotros también nos distanciamos. Paramos de hablar con las personas, no los ayudamos más y nos empezamos a cuidar nosotros mismos. Solo a veces, cuando conocemos a alguien que es capaz de escuchar, intentamos hablarle. Normalmente son niños pequeños que aún nos pueden escuchar, como tú, Jonathan.”

“Nadie me cree. Todos se ríen de mí y me insultan. ¡Me dicen que soy un niño pequeño y tonto!” dice Jonathan molesto.

El árbol dijo, “Tú no eres tonto, Jonathan, y ser pequeño es algo grandioso. Los niños pequeños son muy importantes.”

Otra vez el árbol tomo una pausa por un largo tiempo y continuó, “Sabes Jonathan, puede parecer un poco extraño para algunos de tus amigos que le hables a un árbol. Tus padres también pueden pensar lo mismo, y para Neomi obviamente es muy difícil de entenderlo. Pero, aun así, no deberías tener vergüenza por hablar conmigo, para mí es lo más importante y te estoy muy agradecido.”





Si piensas lo suficiente en mí, podremos hablar entre nosotros en cualquier lugar que desees.

Desde ese día, Jonathan tenía un nuevo amigo, un muy buen amigo. Quizás un poco extraño, muy grande y no tan rápido ni tan veloz, pero tenía un buen corazón y era extremadamente sabio.

Casi todos los días Jonathan salía al jardín, se sentaba en el árbol de morera y hablaba con él. Todos los días aprendía algo nuevo del árbol: cosas sobre las estaciones del año, la tierra y el cielo, sobre las mariposas y las abejas, el sol y las estrellas y sobre la luna. El árbol le contó que todos los árboles están fuertemente conectados con la luna, que la luna a veces está llena y otras veces esta desaparecida, a veces es grande y redonda, y otros días es pequeña como un plátano e incluso otras veces no se puede ver para nada. Cuando está completamente llena y redonda, los árboles están felices, y por la noche salen de las raíces y la corteza (donde están normalmente) hasta las hojas superiores y más allá.

Cuando hay luna llena, le dijo el árbol a Jonathan, por las noches los árboles se reúnen, hablan y se ayudan cuando es necesario. Una noche de luna llena también es el mejor momento para sentir los árboles, para entenderlos y hasta hablar con ellos. Jonathan aprendía muchas cosas nuevas del árbol.

El árbol de morera también sabía como escuchar y entonces Jonathan le contaba cosas muy interesantes. Le habló de sí mismo y sobre los seres humanos. El árbol era viejo y sabio, pero no podía entender por qué las personas necesitaban libros, que era la televisión, y que hacían exactamente con una computadora. Jonathan no lo podía explicar todo, a veces le consultaba a sus padres o a su hermana Neomi, pero siempre les preguntaba esas cosas de una manera que ellos no pudieran adivinar adivinen que hablaba con el árbol de morera.

Su mamá y su papá estaban muy felices de que Jonathan de repente tuviese muchas preguntas y mostrara interés en cosas que antes no le interesaban. Sentían que estaba madurando y esto siempre agrada a los padres. Sin embargo, Neomi pensaba que él era una molestia y no siempre estaba feliz de responder sus preguntas.

Jonathan en realidad cambió. De repente encontró interés en cosas que él antes nunca había notado, y también sabía muchas cosas pero nadie podía entender cómo. Todo empezó un día de invierno cuando Jonathan salió al jardín e insistió en llevar un paraguas.



“No es necesario,” dijo su madre. “Según el pronóstico del tiempo, hoy no va a llover”.

“Si lo hará,” dijo Jonathan. “Empezará a llover al medio día.” Insistió tanto que su madre cedió y se preguntó desde cuando Jonathan era tan decidido y terco, él siempre fue tan obediente y tolerante con todas las cosas.

Y entonces, exactamente al mediodía, el cielo se nubló, comenzaron a caer unas gotas de lluvia, y después se convirtió en una lluvia muy fuerte. Efectivamente en su camino a casa Jonathan se mojó mucho – él feliz de la vida corría y saltaba en los charcos, disfrutando como le corría el agua sobre la cara, en sus brazos y piernas – pero tenía un paraguas.

“¿Como sabias que iba a llover?” le preguntó su madre cuándo llegó a casa.

“Lo adiviné,” respondió Jonathan y se apresuró al baño para lavarse con agua tibia y cambiarse de ropa. No le dijo a su madre que el árbol le había avisado la noche anterior que iba a llover al día siguiente al mediodía.

Una noche Jonathan, Neomi y sus padres se sentaron a cenar. Estaban hablando sobre algo que Neomi había aprendido ese día. Jonathan no estaba prestando atención a la conversación; se estaba imaginando lo que haría después de la comida, lo que jugaría y qué cuento pediría esa noche a la hora de acostarse. De repente su madre preguntó, “¿Cuándo será luna llena?”

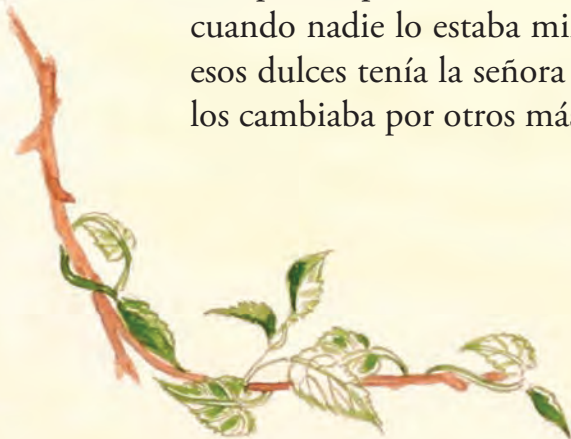


“Mañana por la noche,” dijo Jonathan sin pensarlo y siguió comiendo.

“¿Tú como sabes?” preguntó Neomi en el silencio que siguió después de la confiada declaración que Jonathan dio. Jonathan simplemente se encogió de hombros y siguió comiendo.

Pero el evento más extraño de todos fue el incendio que estalló en el jardín de la familia Levi. Al lado de la casa de Jonathan había una pequeña casita donde vivía una pareja de ancianos. Jonathan no sabía sus nombres ya que sus padres siempre les decían Señor y Señora Levi. Vivían solos, rara vez tenían visitas y Jonathan solo los veía cuando salían exactamente a la misma hora a pasear todas las noches. El señor y la señora Levi solían pasear tranquilamente frente a la casa de Jonathan, siempre caminando juntos hasta el final de la calle y después regresaban. En el invierno, siempre usaban abrigos largos y oscuros, bufandas y sombreros divertidos. En el verano vestían extraña ropa larga.

Cada vez que Jonathan los encontraba accidentalmente en la acera cerca de su casa, la señora Levi se inclinaba sonriendo, le ofrecía un dulce que sacaba de su bolsillo. A Jonathan no le gustaba el sabor de sus dulces. Eran muy fuertes, pero él era muy tímido para decirle eso, entonces siempre aceptaba el dulce y después lo tiraba al basurero cuando nadie lo estaba mirando. Se preguntaba cuántos de esos dulces tenía la señora Levi en su bolsillo y por qué no los cambiaba por otros más dulces.





El Sr. y la Sra. Levi tenían una pequeña casa con un gran jardín que estaba un poco descuidado, la mitad estaba muy largo con espinas, árboles secos, y un viejo cobertizo hecho de tablas de madera. El jardín estaba rodeado de manera inestable casi rompiéndose.

Una noche Jonathan despertó de repente. Escuchó que alguien lo llamaba, “¡Jonathan!”

“¿Qué está pasando?” murmuró, con sueño y cansancio. Miro a su alrededor y volvió a dormirse.

“¡Jonathan! ¡Jonathan, despierta!” escuchó que lo llamaban por segunda vez.

Jonathan se sentó, el cuarto estaba oscuro, y podía escuchar a su padre roncar y a su hermana respirar mientras dormía. Pero alguien lo llamó y lo despertó. Seguro fue un sueño, pensó.

Apoyó la cabeza en la almohada, escuchó por tercera vez: “Jonathan, tienes que levantarte. ¡Es muy importante!”

Solo entonces Jonathan entendió que era el árbol quién lo llamaba. Era la primera vez que escuchaba al árbol dentro de la casa y no cuando estaba cerca o sentado sobre una rama. Se puso de pie y miró por la ventana al árbol de morera. Era como si el árbol temblara de emoción. Jonathan nunca antes había escuchado al árbol tan decidido y emocionado.

“Jonathan, hay un incendio en el jardín de los Levi. Necesitas despertar a tus padres y pedirles ayuda.”

Jonathan no lo dudó. Rápidamente fue a la habitación de sus padres, abrió la puerta y se paró al lado de su padre. Suavemente le jaló el brazo a su papá y dijo, “Papá, papá, tienes que levantarte, hay un incendio en el jardín de los Levi.”

Su padre saltó de la cama, se puso rápidamente los pantalones y salió corriendo de la casa. Su madre llamó a los bomberos.

Jonathan nunca olvidará esa noche: el olor del humo, las llamas, su padre entrando a la casa de los Levi y sacando con mucho cuidado a la pareja de ancianos, los bomberos y su enorme camión, las mangueras de agua, los vecinos saliendo de sus casas y en el día el jardín todo quemado. Todo lo vio Jonathan desde la punta del árbol.





Al día siguiente, Jonathan durmió todo el día y no fue al jardín de infancia. Después de almorzar, el Sr. y la Sra. Levi fueron a darle las gracias y hasta le llevaron flores y una caja de chocolates, su madre finalmente le preguntó, “Jonathan, ¿Cómo sabías del incendio? ¿Qué te despertó?”

“No lo sé, mamá,” él dijo, tratando de no mencionar nada sobre el árbol. “Me desperté y sentí que algo estaba mal. Quizás también olí el humo.”

Su madre solo lo miraba con una mirada interrogativa que Jonathan conocía bien, una mirada que ella le daba cuando cosas extrañas pasaban, y esas ocurrencias que el experimentaba a menudo. Ese día se la pasó hablando con el árbol de morera, jugando con él y ayudando a su madre. Solo en la noche, antes de irse a casa y cenar se acordó que quería hacerle una pregunta al árbol desde esa noche, y también se acordó que tenía esa extraña sensación durante todo el día, como si algo le molestara.

“Me hablaste cuando estaba en casa,” se dijo él mismo o más bien al árbol. Jonathan sabía que para el árbol, no importaba si él hablaba en voz alta o solo pensaba las preguntas, pero él se sentía más cómodo hablándole directamente al árbol, así se sentía más cerca de él.

“Tienes razón, Jonathan. Te hablé cuando estabas en cama. Te tuve que despertar. El Sr. y la Sra. Levi estaban en peligro.”





“Pero entonces,” Jonathan pensaba en voz alta, “¿quizás puedas hablarme incluso cuando estoy en la calle o en el jardín infantil?”

“Por supuesto que puedo,” dijo el árbol. “Si te esfuerzas lo suficiente para pensar en mí, podemos hablar donde tú quieras.”

“¡En cualquier sitio!” Jonathan casi gritó y por un momento tenía miedo de que su hermana Neomi, que estaba en su habitación, pudiera haberlo escuchado, pero luego recordó que ella siempre escucha música cuando está en su habitación y no podía oír nada.

“Si, en cualquier sitio,” el árbol respondió con calma.

“¿Así que siempre podemos hablar, no importa dónde esté, o si estoy visitando a tía Tamar en Haifa?”

Jonathan estaba agobiado con este nuevo descubrimiento, y de hecho después de la cena y el cuento antes de dormir, descubrió que podía hablar con el árbol desde su cama. Al día siguiente, cuando recordó esto, se sorprendió al descubrir que, si se concentraba lo suficiente, podía hablar con el árbol incluso desde el jardín infantil.

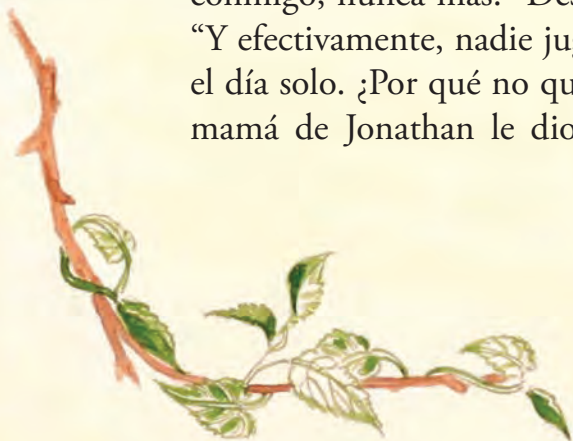


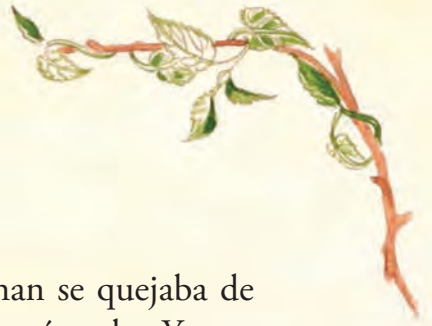
“Mi verdadera cura estaba dentro de mí.”

Un día Jonathan regresó triste a casa. Su ánimo estaba bajo y arrastraba los pies. Su madre inmediatamente se dio cuenta que algo estaba mal y le pregunto si algo le había pasado en el jardín de infancia, pero Jonathan no le quiso decir nada y almorzó en silencio, sin darse cuenta lo que se metía a la boca.

“Jonathan,” su madre finalmente dijo, al terminar la comida, “tal vez si me cuentas que pasó, te ayude un poco.” Jonathan miró a su madre y contestó, las lágrimas corrían por sus mejillas.

“Yotam me insultó, me dijo que era débil y pequeño, y que nadie quería ser mi amigo. Me dijo que, si yo no salía a jugar con él y los otros niños, nunca más jugarían conmigo, nunca más.” Después de una breve pausa añadió “Y efectivamente, nadie jugó conmigo hoy, y me pasé todo el día solo. ¿Por qué no quieren jugar conmigo mamá?” La mamá de Jonathan le dio un fuerte abrazo, no sabía que





decirle. No era la primera vez que Jonathan se quejaba de que los amigos lo intimidaban y él se sentía solo. Yotam en realidad era un buen amigo y hasta incluso había ido a visitarlo a su casa un par de veces. Jonathan era más callado que la mayoría de los niños; era soñador y le gustaba jugar solo. Podía sentarse por horas y jugar con bloques de madera que él armaba como casas, aviones en el cielo, un bosque. Hasta servían como niños del jardín de infancia o el barrio. Le gustaba jugar futbol y baloncesto y estar con amigos, pero siempre prefería los juegos tranquilos y pacíficos.

“No eres ni pequeño o débil,” le dijo su madre. “Eres encantador, inteligente y el resto de los niños seguro que lo descubrirán.”

“¿Quizás no les agrado porque no soy tan bueno en futbol y no corro tan rápido?” Jonathan le preguntó a su madre en voz baja. “En realidad prefiero otros juegos.”

“¡Tengo una idea!” gritó su madre. “¿Por qué no invitamos a uno de tus amigos, tal vez incluso a Yotam?”

“¡No!” gritó Jonathan, y otra vez se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque se esforzó por no volver a llorar. Su madre lo trató de consolar, le leyó su libro favorito, hornearon las galletas que él siempre pedía y las comieron juntos. Pero Jonathan no podía ser consolado, y después de comer se sentó angustiado bajo el árbol de morera pensando en cosas tristes.





“No sé mucho sobre los seres humanos, pero pensé en algo,” Jonathan escuchó al árbol susurrar suavemente.

“Me siento triste,” Jonathan dijo, “y me quiero sentar en silencio por un rato.” Y siguió cavando inquieto en el arenero debajo del árbol con una vieja cuchara de metal.

“Bien,” dijo el árbol. “Cuando quieras escuchar, avísame.”

Jonathan siguió cavando. Sintió lastima por sí mismo y cuanto más esa tristeza se asentaba dentro de él, más seguía cavando y el agujero en el suelo se hacía cada vez más grande. Pasó un largo rato. Cuando Jonathan empezó a tenerí, pensó que quería meterse , y de repente se acordó lo que le dijo el árbol y sintió curiosidad. “¿Qué es lo que me querías decir?” le preguntó.

El árbol habló pacientemente como si nunca hubiera parado: “Entonces, no sé mucho sobre seres humanos, pero quiero contarte un cuento de algo que me sucedió una vez. Te puede ayudar.”

Jonathan esperó, el tiempo pasaba y hasta él, quien estaba acostumbrado al ritmo lento del árbol, empezó a perder la paciencia y preguntó: “¿Qué me querías contar?”

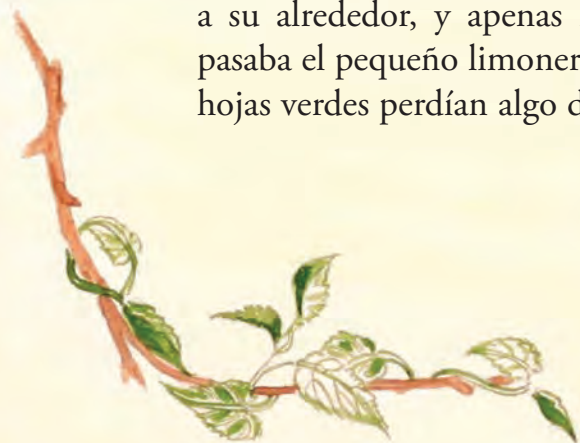
“Una vez, hace muchos, muchos años, cuando yo aún era muy joven y pequeño, y todavía no había casas, calles o postes eléctricos cerca de mí, solo un pequeño bosque con árboles, arbustos y flores, tenía un amigo, un pequeño limonero. Nos amábamos mucho y jugábamos juntos, nos hablábamos, y en las noches de luna llena nos visitábamos. El pequeño

limonero era hermoso y feliz, los pájaros amaban sentarse en sus ramas y los animalitos jugaban entre sus raíces. Aun así, él nunca estaba satisfecho. Admiraba los grandes árboles y siempre quiso ser como ellos. Una vez quiso ser igual de fuerte como un roble. Otras veces anhelaba llegar a ser tan alto como el ciprés, tan verde como el pino o tan grande como las moreras. ‘Tú eres un limonero,’ le decía una y otra vez. ‘Los limoneros son árboles maravillosos, hermosos y fragantes. Y tienen un lindo fruto que a todo el mundo le encanta.’ ‘Tienes razón’ él decía, ‘pero son tan pequeños y la fruta es agria. ¿Por qué no podemos ser altos y fuertes?’

“Una vez vi a mi amigo el limonero haciendo un gran esfuerzo, todo jadeando y sudando. ‘¿Qué pasó?’ le pregunté. ‘¿Aun estás enfermo?’ Se rio y contestó: ‘Todo lo contrario, soy feliz y estoy en buena salud. Solo trato de crecer un poco, voy a ser igual de alto que un ciprés.’

“Al día siguiente lo vi sacudiendo todas sus hojas y ramas. ‘¿Qué haces ahora?’ le pregunté. ‘Ya pronto verás,’ él respondió. ‘Te miraré desde arriba y seré tan grande y fuerte como el roble.’

“Y así continuó, todos los días tratando de convertirse en uno de los árboles que admiraba. No era feliz, se olvidaba de comer y beber, no se daba cuenta de los pájaros y mariposas a su alrededor, y apenas me hablaba. Con cada día que pasaba el pequeño limonero se debilitaba, todos los días sus hojas verdes perdían algo de su brillo, cada día sus ramas se





doblaban más. Se enfermó. Sabes, Jonathan, los árboles a veces se pueden enfermar y es necesario cuidarlos, incluso a veces necesitan medicamentos.

“No sabíamos qué hacer. Tratamos de ayudar al pequeño limonero. Todos le mandamos buenos pensamientos, y todos los árboles a su alrededor le mandaron energía por las raíces en la tierra. Le mandamos pájaros que cantaban sobre sus ramas altas, y en la noche le cantamos canciones antiguas, canciones que sólo los árboles podían escuchar.

“Al principio no notamos ningún cambio y el pequeño limonero estaba encorvado, sus ramas caídas, y sus hojas de un gris opaco. Permaneció así durante mucho tiempo, pero más adelante comenzó a mejorar gradualmente. Se veía más saludable con cada día que pasaba. Sus hojas estaban regresando a su color verde, sus ramas estiradas, y sus raíces enterradas profundamente en la tierra. Volvió a ser el mismo de antes, solo que por un tiempo permaneció en silencio.

“Apenas hablaba, incluso conmigo, su mejor amigo, solo intercambiábamos unas palabras cada noche. Una noche de luna llena, cuando ya estaba completamente recuperado, el pequeño limonero me dijo en voz baja: “Te agradezco a ti y todos los demás árboles por ayudarme a recuperarme. Pero sabes que mi verdadera cura estaba dentro de mí: entendí que simplemente quiero ser un limonero.”

Jonathan tenía preguntas, quería entender la historia que el árbol le había contado, quería seguir hablando con él, pero

el árbol se quedó en silencio. Jonathan sabía que a veces se comportaba así, a veces el árbol no quería seguir hablando y no se podía hacer nada para cambiar eso. Se regresó a casa, cenó en silencio, escuchó en silencio el cuento de su padre y se quedó dormido.





“Me olvidarás, Jonathan. Me olvidarás por mucho tiempo, y así debe ser.”

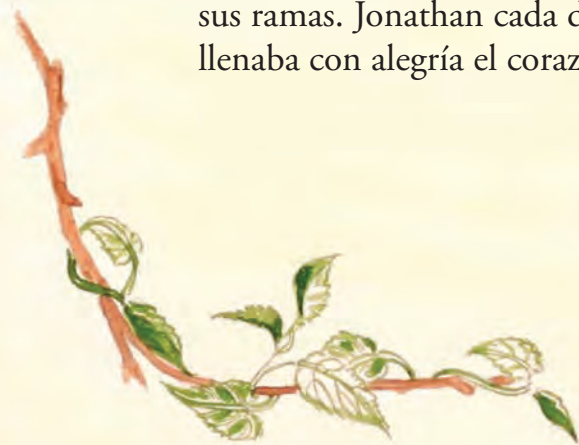
Por la mañana Jonathan despertó sintiéndose incómodo. Había estado soñando con un pequeño limonero. Aparecía una y otra vez en su sueño, esforzándose por ser como los otros árboles, muy enfermo, encorvado y gris, y nuevamente verde y fresco. Se acostó en la cama, incapaz de recordar lo que había soñado exactamente, y sin embargo sabiendo que algo importante había pasado en la noche. Entendió algo, pero no sabía que era. Nunca antes se había sentido así. De todos modos, notó que su tristeza y sentimiento de ofensa habían desaparecido. En cambio, se sintió feliz y lleno de energía para el nuevo día.

En el jardín infantil Jonathan jugaba los juegos que a él siempre le habían gustado. Habló con los otros niños, también con Yotam, como si nada hubiera pasado. Casi no se involucraba con los juegos activos, y se mantenía

feliz haciendo las cosas que más le gustaban. No le daba vergüenza jugar con las niñas, no dudaba de disfrazarse con toda clase de disfraces raros que tenían en el jardín infantil. Construyó edificios enormes y extraños que nunca antes se hubiera atrevido a construir porque tenía temor a lo que los otros niños pudieran decir. Y cuando Miriam, la maestra del jardín infantil le pidió que ayudara a servir la comida, lo hizo de buena gana.

Después de unos días las maestras y los niños del jardín infantil notaron que Jonathan había cambiado. No podían decir exactamente como, pero era evidente que estaba mucho más feliz que antes. Jugaba toda clase de juegos imaginativos que el mismo inventaba e incluso se atrevió a hablarle a los niños más grandes, anteriormente le daba miedo o vergüenza acercarse a ellos. Y otra cosa que pasó es que los niños querían unirse a él y participar en sus juegos. Algunos de ellos hasta lo querían visitar en casa y otros lo invitaban a las de ellos.

Su madre y padre no sabían exactamente qué le pasó a Jonathan y cómo de repente tenía amigos, pero estaban contentos por él y con mucho gusto los atendían. El árbol, con picardía, sacudía sus hojas, se sonreía él mismo entre sus raíces y estaba feliz cuando más niños venían a jugar con sus ramas. Jonathan cada día estaba más fuerte y feliz, y eso llenaba con alegría el corazón del viejo árbol.





Y así pasó el tiempo. Para Jonathan pasó rápido y sin mucho que pensar, mientras para el árbol, de manera lenta y comprensiva. Jonathan creció y maduró. Ya no jugaba tan seguido en las ramas del árbol. Estaba muy ocupado: tenía nuevos amigos, e intereses. . De vez en cuando se acordaba del árbol y luego, cuando de verdad pensaba en él con el corazón, se daba cuenta que aún le podía hablar, contarle cosas y pedirle consejos.

Cuando Jonathan estaba en tercer grado, salió al jardín una mañana de otoño y se sentó como antes, entre las ramas del árbol. Le contó al árbol de morera sobre las cosas que había aprendido en la escuela y sobre su maestra y amigos.

El árbol lo escuchó profundamente, de la manera en que sólo los árboles lo pueden hacer, y después de un largo rato dijo: “Jonathan, no continuaremos hablándonos por mucho más tiempo. Estás creciendo y volviéndote más sabio, y tú ya sabes muchas cosas importantes que yo nunca sabré, como leer, escribir y aritmética. Ahora tienes deberes muy importantes, necesitas aprender cómo hacer muchas cosas, y eso es muy importante.”

Aquí el árbol se detuvo como era su costumbre, reflexioó un buen rato. Estas pausas que hacía el viejo árbol le eran muy conocidas a Jonathan, y no hizo nada para apresurarlo. Sabáa que después de un rato, iba a decir algo realmente importante y esperó pacientemente.





“Lo que te voy a decir, Jonathan, puede parecer un poco raro o poco claro, pero sigue siendo muy importante para mí que sepas esto: Si uno quiere aprender muchas cosas, uno también debe saber cómo olvidar.”

El árbol se detuvo otra vez y continuó: “Me olvidarás, Jonathan. Me olvidarás por un tiempo largo, y así debe ser.”

“¿Cómo te voy a olvidar?” Jonathan preguntó e impidió que el árbol hablara. “¡Nunca me olvidaré de ti! ¡Eres mi amigo! Eres un buen amigo que nunca me hace daño o me ofende y nunca te olvidas de mí.”

“¡Escucha, Jonathan!” el árbol ahora hablaba con una severidad que Jonathan nunca antes había escuchado de él. “Me olvidarás y así debe ser. Pero en el fondo, en un lugar que nunca se olvida, siempre estaré contigo. Nuestra amistad siempre te ayudará, incluso si tú te olvidas de mí completamente. Y un día, dentro de muchos años, te acordarás de mí, y espero que sepas que hacer en ese momento.

En los siguientes meses Jonathan no pensó en las cosas que le había dicho el árbol, y la vida continuó como de costumbre. Fue a la escuela, jugaba con amigos, aprendió a tocar el violín y le encantó. Leyó muchos libros, le encantaban. Pero sin darse cuenta y nunca con intención, poco a poco dejó de hablarle al árbol.

A veces pasaban semanas sin pensar en la morera ni una sola vez. Y una vez cuando unos amigos fueron a su

casa y jugaron bajo el árbol, Jonathan de repente recordó sus conversaciones y quiso trepar por las ramas, hacerle preguntas, escuchar su voz lenta y cálida y contarle sobre sí mismo. Pero sus amigos lo llamaron, se olvidó lo que quería hacer y regresó a sus juegos.





Y así fueron pasando los años. Jonathan creció rápido y maduró y el árbol lentamente se fue envejeciendo. Jonathan se graduó de la escuela y emprendió un largo viaje. El árbol permaneció en el jardín de la casa de Jonathan, florecía en la primavera, daba frutos en el verano, arrojaba hojas en el otoño, callado y pacientemente escuchaba a la tierra respirar, a las estrellas, el transcurso del sol entre las nubes y la luna llena y menguante cada mes.

Jonathan se había olvidado por completo de la morera y de las conversaciones que tenían. tenía cosas más importantes que hacer. Visitó lugares muy peculiares alrededor del mundo, conoció a muchos nuevos amigos, encontró un trabajo y luego otro y también aprendió cosas interesantes e importantes. Pero el árbol nunca olvidó a Jonathan, y a su manera de ser árbol, lento y callado, también lo extrañaba.

Los años pasaron. Jonathan se casó y tuvo sus propios hijos. De vez en cuando Jonathan y su familia visitaban a los abuelos en su casa, y sus hijos jugaban bajo la morera y entre sus ramas. Jonathan los miraba y algo profundo dentro de él despertaba, como un recuerdo muy antiguo que intentaba surgir del abismo, pero entonces, casi siempre algo lo distraía y regresaba a sus deberes y se olvidaba.





“Cuando eres cercano a alguien y lo amas,
también sabes cosas sobre el”

Mientras tanto los padres de Jonathan también estaban envejeciendo. Era difícil para ellos cocinarse, salir de compras o limpiar la casa. Casi nunca iban a la morera en el jardín. Amaban su casa y su jardín, la calle y los vecinos, y por supuesto amaban el árbol de morera, pero como siempre pasa con las personas mayores, necesitaban ayuda, y entonces se mudaron para vivir al lado de la casa de Jonathan y su familia. Jonathan, su esposa e hijos los ayudaban con todo. Su antigua casa y el jardín quedaron solitarios y abandonados, y como es de esperar en lugares que se quedan sin el cuidado de las personas, ellos también se envejecieron y se veían abandonados. Eventualmente una nueva familia se mudó a vivir a la antigua casa de Jonathan.

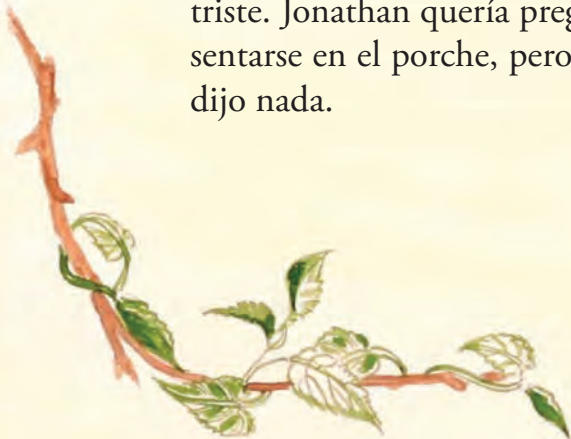
Pasó un año. el padre de Jonathan se enfermó y falleció a los pocos días. Su madre se debilitó y también se enfermó.

Los doctores decían que solo le quedaban unos meses de vida. Permanecía acostada en su cama la mayor parte del día, casi siempre con mucho dolor. Un día llamó a Jonathan desde su cama y le dijo: “Jonathan, estoy vieja y cansada. Creo que pronto moriré. Mi cuerpo entero lo siente así.”

“Para, madre,” Jonathan contestó tratando de consolarla. “Volverás a mejorar y vivir por muchos años más.”

“Jonathan, está bien,” su madre continuo pacíficamente. “He vivido muchos años buenos y felices, no me angustia. Sé que se acerca mi hora.” Y después de esa pausa, continuó hablando: “Hay una cosa que me gustaría hacer antes de morir. Quiero ver nuestra antigua casa una última vez: la calle, el jardín y quiero despedirme de ellos. Seré muy feliz si me llevas allí, incluso mañana.” Jonathan accedió de buena gana y decidieron que al día siguiente él la llevaría a ver su casa por una última vez.

Al día siguiente Jonathan ayudó a su madre subirse al auto y condujo lentamente hacia su antigua casa. Se detuvo frente a la casa y con mucho cuidado Jonathan sacó a su madre del auto. Él la apoyo, caminando lentamente con pequeños pasos hasta que entraron al jardín y se paró frente a la vieja casa. La madre de Jonathan se quedó allí de pie, inspeccionando y parecía atraída hacia sí misma y triste. Jonathan quería preguntarle si quería acercarse más o sentarse en el porche, pero vio las lágrimas en sus ojos y no dijo nada.





Por un largo tiempo su madre permaneció en silencio, mirando con ojos llorosos a la casa y el jardín. De repente le dijo a Jonathan: “Gracias Jonathan, eso es suficiente, regresemos. egresemos.”

Jonathan ayudó a su madre mientras ella comenzaba a caminar lentamente hacia la calle, pero en ese momento vio el árbol de morera, callado y pacíficamente parado en la esquina del jardín y lo miró por un largo rato. Ahora que Jonathan ya era un hombre adulto, el árbol le parecía viejo y no tan grande. Jonathan acompañó a su madre de regreso al auto y se fueron a casa, pero la imagen del árbol de morera no abandonó sus pensamientos. Reflexionó sobre ellos mientras conducía y después durante el día en el trabajo y cuando regresó a casa. Hasta pensó en él antes de irse a dormir.

Esa noche Jonathan tuvo sueños extraños, y en todos ellos aparecía el viejo árbol de morera. En uno de los sueños, Jonathan estaba parado en el jardín junto a la casa, no muy lejos del árbol, tratando de alcanzarlo, pero algo lo detenía. Luchó, hizo todo lo posible, corrió y saltó, pero no podía alcanzar al viejo árbol de morera; la distancia entre ellos se hizo más grande.

Toda la noche Jonathan luchó en sus sueños y en la mañana se despertó sudando como si hubiera trabajado muy duro mientras dormía. Mientras se recostaba ahí entre dormido y despierto y reflexionaba sobre sus sueños – ¡se





acordó! Se sentó en la cama completamente desconcertado. Todas las conversaciones con el árbol de morera se revivieron en su mente, especialmente la última. “Tu me olvidarás, Jonathan,” recordó que le decía el árbol. “Pero en el fondo, en un lugar que nunca se olvida, siempre estaré contigo. Y un día, dentro de muchos años, te acordarás de mí, y espero que sepas que hacer en ese momento.”

Jonathan, quien normalmente tenía bastante sueño por las mañanas, salto de la cama, se lavó la cara, se vistió y sin tomar su café de costumbre, salió y condujo hasta su antigua casa. Mientras conducía se preguntaba cómo era que se había olvidado del árbol, como sucedió esto. ¿Como pudieron desaparecer durante tantos años de sus pensamientos y recuerdos todas esas conversaciones con su viejo amigo quien lo había ayudado tanto durante su niñez?

Aún era muy temprano en la mañana cuando llegó a su antigua casa. La calle aún seguía en silencio. La mayoría de los vecinostodavía estaban en cama. Los pájaros de su infancia cantaban en sus oídos, y el cielo sin nubes estaba azul. Lento y dudoso caminó hacia el jardín e inmediatamente volteó hacia el árbol de morera. Todos los recuerdos olvidados de las horas que pasaba en el árbol y sus conversaciones, volvieron a él.

Una gran gratitud y un sentimiento de tristeza lleno su corazón. Se acercó al árbol lentamente y se preguntó si debía, o si aún podía, trepar sus grandes ramas. Finalmente,

simplemente se paró junto a su tremendo tronco, su corazón lleno de fuertes emociones y gran amor por el árbol que había hecho tanto por él.

“Hola Jonathan,” escuchó una voz que venía de su interior. “Te he estado esperando. Sabía desde el principio que eventualmente vendrías a visitarme. Estoy muy contento.”

Jonathan estaba tan emocionado que no pudo controlar sus lágrimas, y se encontró sollozando con mucha emoción bajo el árbol. “Me había olvidado de ti. Me olvidé de ti por muchos años. Lo siento, ¡lo siento mucho!” finalmente dijo cuándo se calmó un poco.

“Está bien, así debería ser. Te he estado esperando pacientemente. Para nosotros los árboles no es tan difícil esperar. Para mí fue solo un ratito. Lo más importante, Jonathan, es que lo recordaste y regresaste a mí. Estoy muy feliz,” dijo el árbol.

Y como había sido muchos años atrás, Jonathan sintió que podía oír el crujir de las hojas del árbol, riendo. Jonathan hizo el esfuerzo y trepó a la primera rama del árbol. Se sentó y le empezó a contar todo lo que le había pasado. No tuvo que contar mucho. El árbol ya sabía muchas cosas de él. Había estado siguiendo la vida de Jonathan todos estos años. Conocía a su esposa e hijos, que su padre había fallecido, y la visita que Jonathan y su madre había hecho a su antigua casa el día anterior.





“¿Como es que sabes tanto sobre mí? Jonathan preguntó.
“Estaba muy desconectado y ni siquiera pensaba en ti.”

“Pero yo estaba muy cerca de ti,” respondió el árbol. “Y cuando estás cerca de alguien y lo amas, también sabes cosas sobre él.”



“¿Es posible hablar con plantas y árboles?”

Jonathan estaba muy feliz, sentía que algo dentro de él se calentaba y ablandaba, algo que por muchos años había sido duro y tenso. Volvió a su niñez, y una parte de él volvió a sentirse como niño: ligero, feliz, lleno de vida y energía. De repente comenzó a entender muchas cosas que durante años habían sido acertijos para él. Se encontró sentado debajo del árbol, apoyado en él y reflexionando sobre su vida. Tal cual como había sido durante su niñez, sentía que el árbol lo estaba ayudando con algo importante.

Mientras estaba sentado pensando, escuchó que el árbol le hablaba suavemente, como tratando de no perturbar sus pensamientos: “Jonathan, hay algo que debo decirte, algo de mucha importancia. Me alegro que hayas venido a visitarme, ya que he estado esperando mucho tiempo para contarte esto.”



“Vendré a visitarte más seguido, y conversaremos como lo hacíamos antes. Nunca te olvidaré, nunca,” dijo Jonathan y acarició el tronco del árbol.

“Sé que nunca me olvidarás,” el árbol dijo en voz baja, “pero no podrás volver a visitarme, me van a cortar.”

“¿Qué?!” gritó Jonathan y se puso de pie. “¿Cortarte?” “De ninguna manera! ¡Nunca permitiré que eso pase, nunca!”

“Esto no se puede evitar, Jonathan,” dijo el árbol en voz baja. “Hay gente nueva viviendo aquí ahora. Estoy en su camino y me van a cortar. Pero está bien, Jonathan. No estoy triste. He vivido lo suficiente y es hora de seguir adelante.”

“¡No! ¡Absolutamente no!” dijo Jonathan. “Hablaré con ellos, ¡no dejaré que te corten!” Caminaba agitado de un lado a otro debajo del árbol. “Has sido mi mejor amigo durante tantos años y me olvidé de ti, no te olvidare de nuevo.”

El árbol espero un buen rato, tuvo paciencia y no habló, solo envió buenos pensamientos a Jonathan tratando de calmarlo. Y efectivamente después de un rato, Jonathan se calmó un poco. Se sentó con la espalda apoyada en el árbol y pensó en su próximo movimiento. Solo entonces oyó que el árbol le hablaba de nuevo, suave y con paciencia: “Esta bien Jonathan. Llegó mi hora; con mucho gusto me trasladaré a otro mundo. No te preocupes por mí, no puedes ni debes evitarlo, pero si tengo un pequeño favor.”

“¿Qué puedo hacer por ti?” Jonathan dijo en voz baja. “Has hecho tanto por mí.”

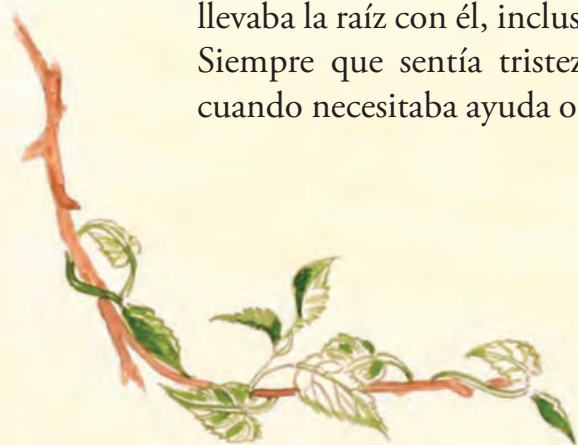
“Justo debajo mío crecen algunos de mis pequeños niños, pequeñas plántulas que han brotado de semillas en años pasados. Excava algunos de estas plántulas y siémbrales en varios lugares. Llegarán a ser como yo y podrán hablar con otros niños y volver a establecer una conexión entre los árboles y seres humanos. ¿Puedes hacer eso por mí?”

Temprano a la mañana siguiente Jonathan llegó a la morera equipado con una horca y una azada. Con cuidado desenterró tres pequeñas plántulas de morera que crecían debajo del gran árbol. Cavó alrededor de ellos y los saco cada uno con un gran trozo de tierra a su alrededor.

Estos bultos que sostenían las raíces de las plántulas, los envolvió con trapos viejos y húmedos y los llevo con cuidado a su casa. Ese mismo día sembró uno de los árboles en su jardín, uno en el jardín de infancia, y otro en un pequeño matorral no muy lejos de su casa.

En su próxima visita al árbol de morera, vio un gran pozo en el lugar donde el árbol una vez estuvo. Jonathan entró al jardín y se detuvo al borde del gran pozo. Sentía una profunda tristeza, pero también sabía que las cosas eran como tenían que ser y que el árbol así lo había deseado.

Antes de irse, encontró una de las raíces color marrón rojizo del árbol de morera. Dondequiera que fuera en su vida llevaba la raíz con él, incluso cuando viajaba a países lejanos. Siempre que sentía tristeza o se encontraba desesperado, cuando necesitaba ayuda o consejos, se imaginaba la raíz del



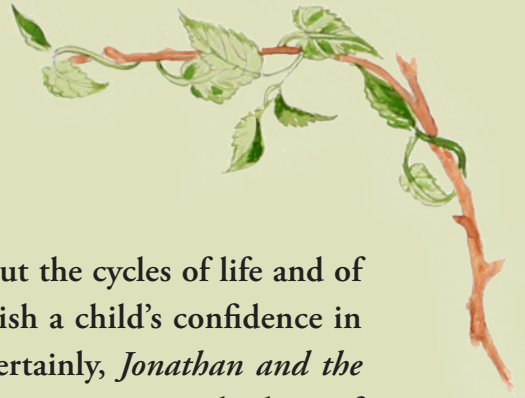


árbol, y experimentaba la paz especial que recordaba de sus conversaciones con el árbol.

“Papá,” su hija menor le preguntó una noche, “¿es posible hablar con plantas y árboles?”







Picture books for children about the cycles of life and of friendship and families that nourish a child's confidence in the world are difficult to find. Certainly, *Jonathan and the Tree* offers beautiful images of these important rhythms of life. The simple story is good for any age, and in its simplicity is remarkably deep and rich.

I really hope that many read this book. I cried after reading it! So many of us live with a longing in our hearts to reconnect with the beings behind the visually beautiful, but most often mute, panorama of nature. I trust this book can give many children and adults confidence to keep trying to re-establish this connection.

~ ALICE GROH, Waldorf parent, biodynamic farmer



In 1962 Gilad Goldschmidt was born and raised in the middle of the Negev Desert at Kibbutz Revivim, Israel. In 1982 he co-founded Kibbutz Harduf, the first anthroposophical community in Israel. Gilad received his doctorate in education at Haifa University. He established the first Waldorf school in Israel. After teaching for 8 years as class teacher, he then started the first Waldorf high school in Israel. He was principal of the Harduf Waldorf School for 15 years, and is still teaching history and Bible studies in the high school. Gilad teaches Waldorf education at David Jalin Academic College, Tel-Hai Academic College, and Oranim Academic College. He is the founder and Chair of the Association for Waldorf Education in Israel and started the teacher education programs at Kibbutz Harduf and in Tel Aviv.

Waldorf
PUBLICATIONS



ISBN 978-1-943582-01-3



9 781943 582013